

**Ponencia presentada por Luis Alberto de Cuenca, director literario de la
Fundación Biblioteca de Literatura Universal (BLU)**

IV Acta Internacional de la Lengua Española

PONENCIA

EL LEGADO CULTURAL DE ESPAÑA A EUROPA

Luis Alberto de Cuenca

Profesor de Investigación del CSIC

Director literario de la Biblioteca de Literatura Universal

Nicolas Masson de Morvilliers nació en 1740 (el mismo año que el Marqués de Sade) en Morvilliers (Lorena) y falleció en París en 1789, el año de la Revolución. Sirviéndose de los tópicos de la tristemente célebre Leyenda Negra, formuló en 1782 una insidiosa pregunta que conmovió a los españoles hasta sus más hondos cimientos: “Que doit-on à l’Espagne?”, o sea “¿Qué se debe a España?” Y proseguía: “Desde hace dos, cuatro, diez siglos, ¿qué ha hecho España por Europa?” Hay que advertir que Morvilliers podría estar refiriéndose tan sólo a las nulas aportaciones de España a Europa en el terreno científico —nulas según él, no según Menéndez Pelayo, que dedicó los tres gruesos volúmenes de *La ciencia española* a probar lo contrario—, pero lo cierto es que el lorenés también incluye las artes en su diagnóstico interrogativo, un diagnóstico que, inevitablemente, lleva implícita una respuesta: “Nada”, ya que la pregunta es meramente retórica e implica y presupone una réplica negativa y rotunda.

Rotundas fueron también, e indignadísimas, las reacciones de los ilustrados españoles a la pregunta de Masson de Morvilliers, ignorando que éste terminaba su razonamiento con otra pregunta mucho menos descalificadora: “Con más esfuerzo por su parte, ¿quién sabe hasta dónde podrá elevarse en el futuro tan soberbia nación?” Por ejemplo, el extremeño Juan Pablo Forner reaccionó desaforadamente, como solía, en su *Oración apologética por la España y su mérito literario*, defendiendo —y no le falta razón— que nuestro país siempre cultivó de manera sobresaliente y puntera ciencias como la teología, la moral, el derecho, la náutica, la estrategia militar, la medicina y la lógica, y postulando la supremacía del castellano sobre el francés en la medida en que la lengua de Cervantes es —Forner *dixit*— “una lengua más noble y recia que la de Montaigne y menos superficial y meliflua que ésta”. El alicantino Juan Sempere y Guarinos, por su parte, en un rincón de alguno de los seis tomos de su monumental *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III*, defiende la importancia cultural de nuestro Siglo de Oro, pero no deja de reconocer que España, a partir de su toma de partido por la ortodoxia tridentina a mediados del siglo XVI, padeció ciertas severas cortapisas en el desarrollo de una cultura en libertad, derivadas de tres factores: el poder omnímodo de la Inquisición, la hegemonía de la filosofía escolástica y la atrofia de las universidades (donde, por ejemplo, nunca se enseñó el griego de forma reglada, al contrario de lo que ocurrió en los centros universitarios del resto de la Europa renacentista y barroca). Por citar un tercer caso de reacción, me referiré a *Defensa de la nación española*, un opúsculo atribuido al gaditano José de Cadalso en el que se arremete contra las tesis de Morvilliers y se argumenta en contra de lo escrito acerca de España por Montesquieu en sus *Lettres persanes*, el celeberrimo conjunto de epístolas críticas que el propio Cadalso imitaría en sus *Cartas marruecas* (1793).

Viene bien recordar, al respecto de lo que estamos hablando, un significativo pasaje de la obra póstuma del gran hispanista Karl Vossler *España y Europa* (Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1951, página 198): “Este belicoso y devoto pueblo de señores [el *Herrenvolk* nietzscheano es España, naturalmente] fue tan admirado como odiado y temido mientras fue poderoso, y cruelmente olvidado tan pronto como decayó su poder. El racionalismo francés, el deseo de libertad de los flamencos y el espíritu comercial anglosajón le dieron el golpe de gracia.”

Al margen de esa preciosa cita de Vossler, no he podido por menos de iniciar estas breves consideraciones con la polémica relativa al “*Que doit-on à l’Espagne*” de finales del siglo XVIII. El llamado Siglo de las Luces fue una centuria crucial a la hora de establecer el quién es quién en Europa, que acabaría dividiendo el continente en naciones de primera, segunda y tercera clase, y relegando a España, no sin razones objetivas, a un papel secundario en la historia europea. Sin embargo, en el XVIII no había suficiente perspectiva para analizar con objetividad la aportación hispánica a Europa, toda vez que el Imperio español, renqueante y moribundo, aún suscitaba resquemores y envidias en las potencias europeas que habían participado en un grado menor en el reparto de América (un espacio geográfico que, por cierto, y en lo que atañe a los territorios bajo administración española, estaba por aquel entonces a punto de independizarse de la metrópoli, cosa que sucedió a partir de 1810, hace doscientos años justos). Lo que sí parece fuera de duda es que hubo una inflexión positiva en la consideración de España en Europa a raíz de la implantación del romanticismo, a comienzos del siglo XIX, que trajo consigo la rehabilitación de nuestra gran legado cultural dentro y fuera del país.

Cervantes, sin ir más lejos, empezó a ser considerado como el fundador indiscutible de la novela moderna. Sin el *Quijote*, la gran novela inglesa del siglo XVIII —la de Fielding, Defoe, Smollett, Swift, Richardson y Sterne— no se hubiese desarrollado del modo en que lo hizo. Nuestra novela picaresca de los Siglos de Oro también ejerció una influencia considerable en las letras europeas, como atestiguan, por ejemplo, autores alemanes como Grimmelshausen en el XVII o escritores franceses como Lesage a comienzos del XVIII. Pero no es sólo un influjo concreto, una influencia precisa, directa y circunscrita a un determinado autor o a una determinada tendencia literaria, la ejercida por Cervantes y la novela picaresca en la literatura europea, sino algo mucho más profundo. Nuestra narrativa renacentista y barroca aporta los cimientos de la narrativa posterior, la auténtica base del modo de narrar occidental. Sólo la traducción de Galland de *Las mil y una noches*, entre 1704 y 1717, supuso una contribución parangonable —y no del todo— a lo que significaron el *Quijote* y la novela picaresca en la gestación de la novela moderna en Europa lo largo del siglo XVIII.

Por no hablar de la geografía española como plató escénico de algunas de las más jugosas e interesantes novelas europeas prerrománticas (*El monje* de Matthew G. Lewis, *Manuscrito encontrado en Zaragoza* de Jan Potocki) y románticas (*Carmen* de Mérimée, *Inés de las Sierras* de Nodier). Por no referirme al rescate de Calderón por los hermanos Schlegel y, en general, por el romanticismo alemán en pleno, que hicieron del autor de *La vida es sueño* un estandarte estético tan arraigado en el mundo germánico que Borges, con la fina ironía que lo caracterizaba, llegó a definir a don Pedro como “ese invento de los alemanes”.

Como pueden ustedes ver, me estoy situando en un espacio cronológico inmediatamente posterior al que presencié los desafueros de Morvilliers. Pero si retrocediéramos en el tiempo, encontraríamos infinidad de argumentos para probar la intensa presencia cultural de España y de lo hispánico en la configuración de lo europeo, o sea, de ese cóctel de filosofía griega, derecho romano, cristianismo, sustrato céltico y savia germánica que constituye la razón de ser de Europa. El mero hecho de que los españoles tuvieran que convivir —o como quieran ustedes llamarlo— a lo largo de ocho siglos con el Islam hizo de la España medieval de los Reinos un laboratorio decisivo de pruebas a la hora de calibrar la capacidad de supervivencia del hecho cultural europeo y, en ocasiones, un crisol de alianzas supranacionales frente al enemigo común. Pero sería a partir de la unidad nacional, merced al matrimonio y posterior acceso al trono de Fernando de Aragón e Isabel de Castilla y a la incorporación de Granada (1492) y de Navarra (1515) a la corona española, cuando la cultura española estaría en condiciones de rendir más y mejores servicios a Europa. Serían aquellos unos años dorados desde el punto de vista de las armas, las artes y las letras, y desembocarían en cuatro o cinco generaciones de literatos y de artistas plásticos como nunca se habían visto antes en el territorio correspondiente a la vieja Hispania romana. Al influjo ejercido por nuestros escritores áureos en la literatura inglesa de época isabelina y jacobina, en el teatro clasicista francés y en la literatura alemana de barroco no es necesario referirse, por ser sobradamente conocido. Y qué decir de la Celestina y de Don Juan, esos dos grandes mitos literarios que, originariamente hispánicos, se han hecho universales. Y para qué insistir en los Velázquez, Ribera, Zurbarán, Murillo y tantos otros primerísimos pinceles que destacaron de forma extraordinaria en el panorama pictórico europeo de su tiempo.

Cierto es que a esas cuatro o cinco generaciones les sucedieron otras más bien borrosas y anodinas, y que la cultura española cayó en un sopor de siglos que sólo a partir de la segunda mitad del siglo XIX comenzó a disiparse. La lengua española se difundió por todos los dominios del Imperio, pero no llegó nunca a convertirse en la lengua de diálogo internacional y comunicación diplomática en que se convirtió el francés, que desde el siglo XVII y hasta el XX se supo mantener en la cumbre, compartiendo ese honor a partir de mediados del XIX con el inglés, que hoy día no tiene rival en el planeta, merced a la hegemonía cultural y económica de los Estados Unidos de América.

Del estancamiento intelectual que se produjo en España a lo largo de más de dos siglos nos vino a rescatar el Séptimo de Caballería de la Generación del 98, con más de un precursor ilustre en el regeneracionismo practicado por algunos miembros de las promociones inmediatamente anteriores. Se originó así, a partir de 1900, una auténtica Edad de Plata de la cultura española que, en mi opinión, aún perdura en nuestros días y que ha dado a nuestro país y a Europa talentos incuestionables. En literatura, ya Bécquer dio el primer pistoletazo de atención universal a nuestra poesía, y Juan Ramón Jiménez y los poetas de la Generación del 27 continuaron por ese camino de cosmopolitismo, sin renunciar a nuestras señas de identidad, afortunadamente despojadas de la carcasa provinciana que exhibieron antaño. Un poeta asesinado en la flor de su edad, el granadino Federico García Lorca, obtuvo, a raíz de su muerte y merced a su espléndida producción literaria, un grado de reconocimiento universal tan elevado que su nombre figura por derecho propio en la galería más exclusiva de mitos culturales europeos del siglo XX. En el campo plástico, la obra de Picasso representa una revolución estética comparable tan sólo a la que supuso Goya en el tránsito del XVIII al XIX, cuando se sacó de la manga toda la

pintura moderna. Ellos dos y Velázquez, junto al *Quijote* cervantino, la *Celestina* y el personaje de Don Juan constituyen, sin duda, las mayores aportaciones del genio hispánico a las artes y letras europeas.

Desde una perspectiva lingüística, el castellano o español se ha convertido, inmediatamente por detrás del inglés, en la lengua con más proyección del planeta. El español ha ido desplazando como segunda lengua últimamente, de forma acelerada e imparable, al francés y al alemán en los sistemas educativos de todo el mundo. El legado cultural de España a Europa incluye también un idioma que, amparado en su difusión manifiesta por dos gigantescos países no hispanohablantes del continente americano —Brasil y los Estados Unidos—, representa para Europa un vehículo relacional importantísimo con las repúblicas hispanoamericanas del otro lado del Atlántico, con las que España puede y debe actuar como privilegiado interlocutor desde su condición, geográfica e histórica, de miembro destacado de la Unión Europea.

Numeroso y profundo es, pues, el legado cultural de España a Europa, como numerosos y profundos son, asimismo, los legados culturales que han transmitido a nuestro continente las demás grandes naciones europeas: Alemania, Francia, Gran Bretaña, Italia, los Países Bajos, Polonia... A partir de un determinado momento en el desarrollo de la Unión Europea, no se trata ya de competir, de jugar a quién es más alto, más antiguo, más moderno o más guapo, sino de aunar esfuerzos para que, al cabo de las décadas o, quizá, de los siglos, la cultura europea asuma de una vez por todas su irrenunciable condición unitaria y deje de practicar eso tan absurdo que llaman en Bruselas la “excepción cultural”. Si de verdad queremos que nuestra verdadera patria sea Europa y no cada una de las veintisiete pequeñas patrias que forman parte en 2010 de la Unión

Europea, es mejor, y más útil, y más bello. Atender a lo mucho que nos une que perdernos en los detalles, casi siempre minúsculos, que nos separan.